

OPÚSCULO SOBRE LA PAZ EN COLOMBIA. LOS COMPROMISOS DE LA UNIVERSIDAD EN EL POSACUERDO

Por: Juan Carlos Yepes Ocampo. Profesor Titular U. de Caldas. Profesor Asociado U. de Manizales. Ph D.

La Paz, a decir de uno de mis profesores más ilustres en los claustros del Externado, es un **estado que sólo se alcanza en los camposantos**. Muy fuerte y desequilibrante la expresión, pero a la vez cargada de enorme realismo político, arraigado en la condición humana, aquella a la que Hobbes hizo referencia de distintas maneras en su obra *La materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, más conocida como *Leviatán*. En este libro, publicado en 1651, el filósofo político inglés escribía lo siguiente en el Capítulo XIII (De la “condición natural” del género humano, en lo que concierne a su felicidad y a su miseria):

Así hallamos en la naturaleza del hombre tres causas principales de discordia. Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; tercera, la gloria. La primera causa impulsa a los hombres a atacarse para lograr un beneficio; la segunda, para lograr seguridad; la tercera, para ganar reputación. La primera hace uso de la violencia para convertirse en dueña de las personas, mujeres, niños y ganados de otros hombres; la segunda, para defenderlos; la tercera, recurre a la fuerza por motivos insignificantes, como una palabra, una sonrisa, una opinión distinta como cualquier otro signo de subestimación, ya sea directamente en sus personas o de modo indirecto en su descendencia, en sus amigos, en su nación, en su profesión o en su apellido.

Sobre cada una de las causas de discordia mencionadas por Hobbes, se podría escribir un ensayo o quizás todo un tratado asociado con el Poder, el Estado, la Sociedad o el Gobierno de los pueblos. Por una opinión distinta nos hemos matado, porque no hay tolerancia, pero ante todo porque no hay respeto. De manera mucho más precisa, en materia educativa, **la competencia se yergue como una de las causales más directas de la desigualdad económica, política y social en general**. Basta con leer los informes de OXFAM sobre concentración de la riqueza, o los textos de William Ospina sobre la lógica del derby aplicada a los procesos formativos, o revisar estudios de Mauricio García Villegas sobre educación y clases sociales en Colombia. Por doquier, existen evidencias de la naturaleza humana expresada en la miseria y la ruindad de los actos producidos por los mismos seres humanos en su afán de competencia. Justamente sobre este aspecto, quiero centrar la atención de los universitarios respecto a la enorme responsabilidad que nos atañe en cuanto a los retos que la fase posterior a los Acuerdos de La Habana demanda.

En 1795, Kant producía su obra *Sobre la paz perpetua*, en cuyo apéndice expresa que:

“La moral es en sí misma una práctica en sentido objetivo, un conjunto de leyes incondicionalmente obligatorias según las que debemos actuar, después de haberle atribuido toda su autoridad a este concepto de deber es una incoherencia manifiesta querer decir que no se puede obedecer”.

En su intento por configurar un Derecho de carácter cosmopolita, para alcanzar la paz permanente entre los Estados y abandonar de paso *la paz perpetua sobre el gran cementerio de la especie humana*, Kant insinuó la necesidad de integrar moral y política, algo inadmisibles para los defensores de la política como instrumento de poder para alcanzar fines justificando medios. El deber de actuar políticamente, con base en preceptos morales, induce a la idea “revolucionaria” de despojar a la razón de su sitio protagónico en la toma de las grandes decisiones, para **regresar a los sentimientos morales** como fundamento para decidir y avanzar hacia escenarios de paz y reconciliación. Lo que algunos ubican en el plano de las utopías kantianas, en el ámbito de las relaciones internacionales,

otros como yo lo ubicamos en el plano de las realidades internas, aquellas que ahora nos comprometen de lleno a actuar de manera distinta en aras de procurar escenarios de tolerancia y respeto por la diversidad y el pluralismo, todo ello para poder vivir juntos en un país que quiere nuevas generaciones alejadas del sufrimiento humano que afecta en lo más profundo la dignidad de los colombianos.

La Universidad, para aportar decididamente a los procesos transicionales que conducirán a una sociedad más justa y menos desigual, deberá rescatar los sentimientos morales para actuar en beneficio de procesos de generación, difusión y aplicación de conocimiento orientado al mejoramiento de la condición humana, pero también para preservar la vida en todas sus formas de expresión (fauna, flora y medio ambiente en general). **Educar para el posconflicto implica llenar de contenido político y ético la formación de profesionales**, integrar en el acto educativo procesos incluyentes que afiancen valores comunes, hacer que las aulas de clase y cualquiera otra forma de interacción académica resulte edificante para la transformación social. Formar para el posconflicto exige generar solidaridad, aquel valor primigenio de la especie humana que trató de rescatar la revolución francesa con su llamado a la fraternidad. Porque lo humano es gregario, tiende a vivir en comunidad y eso es la Universidad, la unidad en la diversidad y lo diverso en la unidad.

La educación superior, además de su papel emancipador ligado a la movilidad social producida por sus altas tasas de retorno, está en la obligación de formar ciudadanos con fuerte sentido por lo público, con capacidad de agencia para abocar proyectos comunes, con actitud crítica y reflexiva para generar la revolución mental que conduzca a la creación de masa crítica; pero ante todo, **la Universidad está obligada a preparar seres humanos que sepan sumar -a su ejercicio de razón y aplicación práctica de conocimiento- el uso clínico de los saberes**, para que no pasen inadvertida la injusticia social que a diario encuentran y contribuyan a superar las serias patologías sociales que la humanidad padece. En síntesis, la universidad está llamada a formar en el espíritu solidario que aún está lejos de alcanzarse, porque estamos demasiado solos en medio de una vorágine de sufrimiento. El día que hagamos de los padecimientos de los otros nuestro propio padecimiento, habremos ganado todo. Superar la indiferencia, la indolencia o la apatía nos llevará al sentimiento moral de la empatía, a participar afectivamente de la realidad del otro. Las sociedades prósperas son infinitamente solidarias.

La fraternidad, el afán por el otro, los sentimientos de vergüenza por el hambre, la desigualdad y la miseria que padecen los más débiles en el mundo, deben forjarse para lograr intelectuales comprometidos con el cambio, líderes capaces de aportar con su sapiencia a la disminución de las enormes brechas creadas por la institucionalidad imperante.

Nussbaum enseña mucho, **el amor es importante para la justicia**, la religión del hombre o la religión de la humanidad hacen que aflore la compasión, un sentimiento moral que produce tristeza al ver padecer a alguien, estimula a aliviar su sufrimiento, a remediarlo o evitarlo. Todas las sociedades están llenas de emociones y a ellas debemos recurrir cuando la razón no basta.

Por ello **la Universidad está llamada a formar en la razón, pero también en la emoción y la pasión. El posconflicto lo reclama.**

Manizales, 15 de agosto de 2016.